

"El Mercurio Valenciano" 17 agosto 1923

La caza del hombre

Escribo estas líneas en un rincón de la montaña, oyendo, allá en el fondo, el rumor del Nansa, que va buscando libertad, hacia el mar, por entre barrancos; lo escribo en la casona misma de aquel don Celso de que nos habló Pereda en su novela «Peñas arriba», en Tudanca—a que él llamó Tablanca.

Vine acá a remontarme el espíritu con el trato de la tierra madre española en uno de sus repliegues más hoscos y a la vez más jugosos, a aprender lecciones de fortaleza de estos robles y estas hayas. Por esa hoz escarpada, por ese derrumbadero que separa y une el valle de Tudanca al de Polaciones — Promisiones le llamó Pereda — se paseaba doña Concepción Arenal, llevando delante de sí un robusto perro, de cuyo cuello había colgado unos libros, y galeando los riscos, regazando la falda con que, por no escandalizar a los ingenuos montañeses, encubría sus pantalones de hombre. Pero... ¡libros! Es lo que aquí, en el campo, menos hace falta. Y si es que se puede llamar campo a esto.

Hace pocos días, en medio de unas cuantas leguas cúbicas de sol, contemplaba en los Campos góticos, en tierra de Campos, palentina, en Baquerín y Castromocho, la llanura azotada por un cielo de fuego. Y a la puesta del sol — ¡qué puesta! — diríase que eran la tierra y el cielo los que, como un horno, encandecían y enrojecían el celeste pan de vida. De vida y de muerte. Y ahora aquí, mientras acaso por allá sigue tostándose el suelo, bizman a los picachos las piadosas brumas rosando sobre las peñas y los robles y las hayas.

¡Y no oír hablar ni de responsabilidades ni de guerra!... Pero, ¡ah!, no, que de guerra sí que he oído hablar. Ayer nos detuvimos a beber agua fresca y clara de estos riscos en una casa de éstas que huele a monte, y tramamos conversación con una buena mujeruca que lleva a un nietecillo en brazos. Nos hablaba de un hijo que tenía en América y

las dificultades que tenía para volver pues era prófugo, y de si el cónsul por allá podría hacer algo o que le declarasen inútil. Mi acompañante, el amigo que generosamente me hospeda y agasaja, que ejerce cierto patriarcado en el valle y es diputado provincial, además, quería hacerle entender, ya lo peligroso de esas huidas a América por no servir en el ejército, ya el perjuicio que con ello se hace a los que se quedan y tienen que ocupar en filas el puesto que correspondería acaso al prófugo. Pero la mujeruca, apretando al nietecillo entre sus brazos como para guardarle de algo, decía: «Sí, pero ya ven ustedes, con esta guerra...» Era un voto.

Y así son los demás. Hay muchos mozos que emigran, no porque aquí no hallen trabajo suficiente, ni porque les tienta la codicia a buscarse fortuna en las Américas, sino por huir del servicio militar. Huyen de lo que en un tiempo se llamaba, y aun se llama, servir al rey. No quieren servir al rey, y no lo quieren, porque sienten oscuramente que no es servir a la patria. Si es que tienen idea alguna ni del rey ni de la patria. Y si no la tienen es porque no han sabido dársela los que les piden votos y contribuciones.

¡A servir al rey! Algunos de estos montañeses le han servido alguna vez, más directa o inmediatamente, de monferos, cuando ha venido por estos riscos, aquí cerca, a cazar osos. Pero el deporte de cazar moros, o mejor, de ser cazados por ellos, es muy otro. Y acaso no es, en el fondo, mas que otro deporte.

De este pueblo de Tudanca, de ochenta vecinos, murieron dos en la acción de Tizza, y no creo que haya aquí nadie que piense en vengar esas muertes. Pero es porque esos muertos no fueron profesionales del deporte de la caza del hombre. Y esos conceptos técnicos de venganza y de honor y otros así no prenden en espíritus a los que no ha deformado el profesionalismo de la fuerza.

¿Cobardía? Cobardía, sí, pero cobardía de no rebelarse contra el profesionalismo. ¿Ignorancia? Es peor que la ignorancia de estos montañeses codiciosos y apegados al terruño la semiciencia retórica de los profesionales del deporte de la caza del hombre.

Miguel de UNAMUNO.

